

ARGIROPOLIS: UN MODELO DE PAIS

POR

ADRIANA RODRIGUEZ PERSICO

En el siglo XIX, Estado, nación, gobierno son los núcleos de un debate generalizado sobre sistemas que debían funcionar como principios rectores, productores de orden y progreso respecto de la sociedad. Definir los fundamentos de la nación y las condiciones de su desarrollo; el objetivo aglutina proyectos que, más allá de ciertas diferencias, comparten un substrato sedimentado en la problemática contemporánea: virtudes y desventajas de los regímenes gubernativos, contenido de los conceptos de libertad y progreso, medios para la evolución de las masas, consagración del ideal.

En este contexto, el peso de la política resulta crucial en la conformación de otras esferas. La preocupación por lo público desplaza lo privado hacia un segundo plano. Hasta la constitución del Estado, en 1880, los discursos fusionan política y literatura¹. Vastas relaciones dialécticas atraviesan distintos géneros —poesía gauchesca, relatos novelescos, notas periodísticas, panfletos políticos, ensayos sociológicos—, que articulan dos universales complementarios: *ley* y *educación*.

El letrado ocupa un lugar central en esa articulación. Poseedor de verdades ocultas para el resto de los mortales, adopta las vestiduras de un profeta laico que, relegando el sentido religioso de la trascendencia, la vincula a un nuevo tipo de mística derivada de los modelos de las ciencias madres. Como sacerdote de este mundo, sus «revelaciones» se postulan soluciones racionales, tanto para el diagnóstico de la situación presente cuanto para el accionar concreto en un futuro próximo.

El pensamiento utópico que se desliza oscilante entre la racionalidad

¹ El concepto pertenece a Josefina Ludmer: la constitución del Estado posibilitaría la separación de discursos.

y el mesianismo es sello del profetismo intelectual de una *élite* que imaginó su destino en la consolidación de la nación. Proyecto e individuo se santifican mutuamente. Bien colectivo y nombre propio se identifican en un solo gesto, al anudar la esperanza de progreso con el retorno a los orígenes comunes que el sujeto reconoce como individuales.

La búsqueda del bien general desemboca en la afirmación de un nombre vuelto social por consenso. Si el sujeto confirma su identidad mediante la acción pública o la práctica escrituraria, paralelamente el proyecto vale por su firma: el nombre concreta múltiples significaciones personales y comunitarias. Pensamiento utópico y escritura autobiográfica marcan la trayectoria de nuestros letrados, que pretenden la legitimación conjunta de proyecto y sujeto.

Sarmiento transita los dos géneros. Publica *Argirópolis*² y *Recuerdos de provincia* en 1850. La proximidad temporal revela algo más que meras coincidencias. Lazos, convergencias, reversiones, identificaciones entre lo privado y lo público definen la tarea primaria de la escritura: dilucidar el *lugar actual* del sujeto. Porque se ve como punto de cruce entre pasado y futuro nacionales, Sarmiento apela a patrones literarios que trabajan esas dos coordenadas temporales. Usar la literatura como modo de asegurar la historia. El lugar deseado se perfila, entonces, en un espacio doble, que se dibuja entre el *pasado propio* —el destino individual atado a la historia del país— y el *futuro colectivo*, que el letrado elabora y conduce. Así, Sarmiento discute en estas textualidades las relaciones entre sujeto y sociedad, los pasajes y comunicaciones entre ambas esferas.

La cuestión es el significado histórico —temporal— de un lugar. Proyecto y sujeto adquieren sentido no sólo por la diferencia axial razón *versus* sinrazón, sino también por la posición antagónica frente al «otro», considerado obstáculo para la realización de ideas. En todo proyecto agita una carga de finalismo; *Argirópolis* plantea la disolución de los impedimentos junto con la reforma radical del sistema. Cuando la actualidad no satisface, se planifica para el futuro un mundo alternativo cuyo origen es la realidad contemporánea. Entramos en el camino de la utopía.

Aun bajo aspectos gastronómicos o metafísicos, políticos o sexuales, autoritarios o democráticos, la utopía designa un plan de resistencia, la creación de una zona franca. Una codificación exacerbada en un sistema sin fisuras opera la inversión del referente privilegiado —el mundo real— y de las leyes que rigen en él. La intersección entre acontecer histórico y su reconstrucción literaria es condición de posibilidad del género. El

² Las citas e indicaciones de páginas remiten a D. F. Sarmiento, *Argirópolis*, en *Obras completas* (Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1950), t. XIII.

recorte sobre una realidad contemporánea de la que conforma su opuesto especular es norma de las producciones utópicas al punto, que se perfilan como corredores de doble vía entre lo real y lo imaginario, deslizamientos constantes entre ambos órdenes. Si la realidad se transforma en substrato de lo imaginado, la literatura recoge formas históricas en estado germinal, anticipa y materializa en su espacio lo latente real.

Marcas internas, protocolos de lectura, contextos determinados o convenciones sociales y literarias dan al género una fuerza elocutiva sustentada en la búsqueda y mostración de verdades ecuménicas. El discurso utópico, que se autoarroga la facultad de exponer verdades, legitima, por estrategias lingüísticas, un pensamiento y al sujeto que lo enuncia. Si el «lazo social observable está hecho de 'juegos' de lenguaje»³, en ellos se opera la sustitución de un concepto por otro, aunque cuando se publicita el discurso enfatiza el interés por una objetividad que vela los deseos de valoración personal.

Enarbolando verdades apodícticas, la utopía anatematiza un orden, lo descalifica mediante un contrasistema, que hace estallar en la escritura al referente. El lema que subyace indica la amenaza de lo discordante; por eso el orden ideal cercena cualquier elemento que no encaje en la maquinaria: lo que nació de la lucha entre dos se resuelve en la paz de la unicidad.

Pero las utopías clásicas eluden la escena de la aniquilación. Elaboran la supresión del «otro» a partir de una primera figura de oposición, que se difumina y cede a una lógica de la armonía que dispone los elementos en un aparato jerárquico. Cuando desecha la ambigüedad, la coherencia se convierte en *clausura*, reprime las contradicciones inherentes al orden cuestionado. Pero el «otro» es causa ineludible y anclaje a la historia. Con la muerte del «padre» corrupto, la utopía borra los orígenes —aunque ellos puedan leerse en palimpsesto— y crea una sociedad sin memoria anterior. La plenitud arrastra la inmovilización temporal y el desconocimiento del devenir histórico y los reemplaza por una nueva génesis cuyo atributo radica en la perfección congelada del eterno presente.

La tensión entre los dos órdenes —el real y el imaginario— es rasgo específico de la utopía sarmientina. *Argirópolis* no describe un mundo paralelo y autárquico, escindido del orden —o desorden— contemporáneo; por el contrario, hace coexistir en una misma topología el orden presente degradado y el orden pleno potencial.

El universo se miniaturiza en unos pocos hombres. El hombre equi-

³ J. F. Lyotard, *La condition postmoderne* (Paris: Minuit, 1979), p. 24.

vale al sistema. Contra la tradición utópica que se distingue por la anonimidad, el texto aproxima su lente a protagonistas héroes que hablan por una mayoría o a protagonistas antihéroes cuya impugnación delimita el territorio enemigo.

Argirópolis cuestiona al «otro» al incorporarlo al espacio textual. Factor retardatario, Rosas personaliza el impedimento para la evolución colectiva e individual, pero es también causa de la escritura: contra él se conforma la subjetividad y se concibe el proyecto.

Literaturizar lo histórico; historizar lo literario. El duelo que traza una derrota —la barbarie, Rosas— y una victoria —la civilización, Sarmiento— insinúa el objetivo político, introduce el cuño polémico en las acciones de una lengua que no atempera la denostación, que declara su naturaleza mesiánica al demarcar un espacio simbólico que es campo de batalla donde las armas se metamorfosean en palabras que matan.

Historia, literatura, política. Un concepto medular ingresa para capturar los hilos que enhebran los distintos campos: la educación provee una teoría del discurso, funciona como sistema modelizante de argumentación e interpretación.

GUERRA Y EDUCACIÓN

La tensión entre elementos encontrados —textuales y políticos— es punto de partida productivo para una prosa que se empeña en tejer una historia que destaque los contornos de los personajes. El proyecto se inserta en el desarrollo de los acontecimientos por el papel que los sujetos tienen en ellos.

Cobijado por el imperativo de darle forma a la comunidad política, el letrado se pone a la vanguardia y desde ese sitio formula el «deber ser» del «no ser» del desierto. La utopía que ha abandonado su condición especulativa instituye el paradigma: los Estados Unidos son el modelo a imitar.

El texto de Sarmiento escenifica la relación problemática entre la adhesión a un ideal y su aplicación, porque, por una parte, la apelación al modelo borra lo específico, disolviéndolo en patrón abstracto, en esquema vacío, que el letrado llenará. *Argirópolis* declara su fidelidad al modelo genérico, ciñéndose a los principios de *no-contradicción* y *tercero excluido*, principios que están en el origen y el final del proyecto. Por otra parte, la presencia del otro orden introduce las oposiciones, crea un estado conflictivo y una justificación para la guerra marcada con el carácter de necesidad, como paso previo a la concordia. A pesar de que el texto

se proclama solución pacífica sobre un pacto de unión, la guerra antecede a la paz. Su imagen subyuga a la escritura y orienta procedimientos: la *oposición* es la figura retórica de la guerra, que discurre en la prosa sarmientina.

Obtener consenso para librar batalla. Sarmiento inventa puentes entre su voz y la voz mayoritaria. Las especulaciones y opiniones propias se equilibran con ideas expandidas en distintos estratos sociales. De manera explícita, el lema *unión y federación* preside la redacción del proyecto. Pero a medida que avanzan las argumentaciones, el sentido primero —pluralidad y coexistencia— se va desvaneciendo; surge entonces una voz que entroniza al régimen liberal en detrimento de otros. En la trama, el enemigo político queda expuesto al juicio de una sociedad; aparece mostrado en su deformidad y fundada su aniquilación.

La descalificación del «otro» encauza a la utopía en una senda peculiar, porque los mundos enfrentados no mantienen una relación de oposición simultánea —sólo «existe» el orden antagónico—, sino de *consecuencia*, difiriendo así los tiempos. Dicho de otro modo, el orden ideal tomará cuerpo cuando Rosas desaparezca. Si en el instante presente la barbarie ha desalojado a la antigua civilización urbana, el letrado repara la falta con la acción ejercida en el lenguaje. La distancia nodal que separa civilización de barbarie está contenida en la permanencia latente de la civilización, que asegurará la extinción definitiva de la barbarie.

La escritura nace de la carencia propia —el espacio político— y de la carencia atribuida al adversario. Aunque el «otro» detenta el poder, porta el estigma de la irracionalidad: la carencia equilibra el exceso. La razón valida la esfera del yo, mientras que su falta condena al «otro» a la ilegalidad. Sarmiento le quita legalidad accionando otro poder, el del lenguaje; en el espacio de la literatura es el letrado quien ejerce el poder de las argumentaciones.

Confrontar: protagonistas, ideas, sistemas, geografías. En *Argirópolis*, el «buen lugar» sustituye al «no lugar» de las utopías clásicas. Martín García —sitio de la utopía urbana— y Entre Ríos —zona de la utopía agraria— ejemplifican en la topología un núcleo ideológico caro a Sarmiento. Elevadas a factores desencadenantes de progreso, configuran el anverso del ámbito del «otro» sustentado en la explotación pecuaria. El determinismo geográfico destaca el carácter modelador del suelo para la organización de la sociedad. En el entramado de las analogías, sistemas económicos se corresponden con sistemas políticos y éstos se cifran en nombres propios.

Si Sarmiento imagina la ciudad que irradia fulgores progresistas y Rosas es el réprobo asimilado al caos, Urquiza aparece como tercer per-

sonaje que media entre uno y otro. El líder intelectual unge al líder militar. Situación fronteriza del militar, que el texto se encargará de desovillar aclarando las alianzas: el letrado libra la guerra en el dominio del lenguaje; el caudillo entrerriano hace la guerra de las armas.

Compartir un mismo elemento —las armas— acerca peligrosamente campos antagónicos. Por ello, *Argirópolis* abunda en estrategias connotativas que cargan de significados opuestos a un solo significante. Todo el texto puede leerse como el intento de adjudicar valencias distintas —y, por lo tanto, distantes— al denominador común de la violencia, legitimada cuando tiene por objetivo restituir el orden y condenada cuando el enemigo se la apropia.

Las dicotomías externas se internalizan. La educación, principio racional por excelencia, hace de contrapeso a la guerra. Territorio exclusivo de la civilización, el texto no la tematiza; es matriz del aparato de enunciación, que preserva, junto a la función política, la función didáctica. La ejemplificación sirve a la eficacia de la enseñanza; a menudo se educa por simple mostración: «Así se han engrandecido y poblado los Estados Unidos, así hemos de engrandecernos nosotros» (p. 84). El método deductivo, por el cual se infiere una ley general a partir de un hecho o un conjunto de hechos, aferra el programa a una actividad pragmática, alejándolo del desfiladero que acecha a las especulaciones.

Además, el texto reproduce la posición de los sujetos en la situación de enseñanza-aprendizaje, situación marcada por la desigualdad de saberes. En ella, el educador, como dueño de experiencia y conocimiento, ocupa un lugar privilegiado, jerárquico respecto del otro término. La sagrada trilogía —saber, poder, razón— insiste; vuelve para conectar el espacio del aula y el espacio de la polémica. Los miembros entran en relaciones dinámicas de intercambiabilidad o equivalencia cuando los aloja la civilización: el que sabe es racional, y, por serlo, accede al saber; la racionalidad se intensifica con el saber y legitima el poder. La esfera de la barbarie rompe esta ligazón «natural»: el poder desgajado de la razón o el saber deviene ilegítimo.

La fusión de dos legalidades —ley racional y ley natural— trama la urdimbre convalidatoria al dispersar una única tesis en un amplio espectro: la realización del orden natural de la sociedad es indisoluble del afianzamiento del orden político. Minuciosamente, el dispositivo frecuenta una lógica argumentativa cuyos eslabones activan tanto la racionalidad del programa cuanto la imagen del escritor como pensador y político.

La pregunta, por el origen y los límites de la autoridad, remite al *Derecho natural*: «Derecho primitivo de los pueblos y de sus gobiernos, que les permite hacer cesar lo que es provisorio» (p. 26). La ley natural

es en sí misma genuina y anterior al Derecho positivo. Preliminar a todo acto de Estado, se liga a principios atemporales inherentes al hombre por su condición. Estos principios universales buscan la dignidad del individuo y materializan la conexión entre libertad y razón. Sarmiento rastrea en esta fuente la herencia de los antecesores; como custodio de un legado, su voz está filtrada por vestigios históricos; a ellos se suma la transcripción de una voz general («la voz pública», «hay quienes creen», «créese»), que converge en la voz del letrado, confundiendo con ella.

Idéntico gesto cuando repliega su voz e inserta pactos federales. La cita funciona en *Argirópolis* como la reafirmación de una voluntad coincidente entre letrado y pueblo. Se trata de pactos; de recordar *derechos escritos* para proponer la reconciliación. En esta línea cobran sentido las breves alusiones a la figura de Dorrego.

El discurso avanza oscilante entre la desobjetivización y la resubjetivización. Un tono descriptivo típico del *registro científico* vertebrado, contradiciendo su naturaleza, una escala de valores que pulveriza a un régimen y a una nacionalidad. Condena oblicua, el texto conjura el fantasma del interés personal al desarrollar una serie de enunciados «irrefutables» que reducen las matrices del atraso a la geografía hostil y a la herencia española. Escamotea así al auténtico protagonista —Rosas—, pero da las claves para transgredir lo dicho. El atraso toma rostro humano porque una lectura descentrada proyecta los desvíos gubernamentales en la manipulación del suelo y la filiación hispánica de Rosas.

Contracara de la versión científico-racional, ciertas concepciones articulan un eje signifiante de legitimación en torno al factor *destino*. Distorsión de culpas. Mixtificación de una instancia suprema que bloquea, por su posición desterritorializada, todo cuestionamiento. Nombrar a la Providencia es absolver o sentenciar: «No maldigamos de la Providencia que dispone y dirige los acontecimientos humanos. Deploremos nuestros propios extravíos, que han concitado contra nosotros tantos intereses y tantas pasiones» (p. 35).

Leyes, ciencia, destino. A esta terna se suma la inclusión de *estadísticas periodísticas* referidas a inmigrantes o cargamentos; los números no necesitan otras apoyaturas, ilustran por mera inserción el programa del letrado, que completa en los datos la integración de los planos individual y colectivo o la voluntad de arraigar su palabra en la realidad.

PARTICULARIZAR LO UNIVERSAL

La prosa despliega una teoría de las relaciones entre universales y particulares o, más bien, una teoría de las inflexiones particulares que adquieren los universales. Leer la totalidad en el fragmento: una época en una vida; mover dicotomías para arribar a la unicidad; deslindar dos significados en un mismo significante. Dicho de otro modo: tres procedimientos —creación de héroes o antihéroes, pulverización de las duplas, connotaciones distintas para una idea— articulan una práctica escrituraria que da respuesta a uno de los temas pilares del pensamiento decimonónico.

Argirópolis parte de ciertas consignas político-culturales. Unión y federación, civilización o barbarie, paz o guerra demarcan territorios antagónicos, espacios de lucha o encuentro entre voces. Comunican voz individual y voz mayoritaria o enfrentan las voces de héroes y antihéroes. Las dicotomías señalan los bordes, los márgenes de una interpretación. En la zona intermedia que dibuja esa jurisdicción está la masa de hechos históricos, determinaciones geográficas o costumbres que el letrado encadena y organiza en redes significativas. El escritor-historiador-científico —términos que condensan la imagen del intelectual dispersa en su obra— es *sabio* porque libera sentidos en el campo de lo fáctico, descifra la verdad en las mezclas caóticas.

Paralelamente, el político-guía recoge el consentimiento general para poner en práctica sus ideas. El circuito así pergeñado indica la concertación entre el intelectual, que capta y enuncia los intereses mayoritarios, y el pueblo, que reconoce en la voz del letrado su propia voz.

«Pueblo» es el significante que apuntala el concepto de civilización y se identifica en el pronombre «nosotros». A la fracción contraria se le atribuye la heterogeneidad. Lo distinto es designado con el pronombre «ellos», y entonces la «doxa», la opinión pública, se convierte en «vulgo». Oposiciones en el sistema pronominal. Bifurcación lingüística del referente. Siempre una opción ideológica preside las divisiones.

La división está en el origen de la textualidad. El letrado socializa su pensamiento en un discurso cuyo modelo es tanto la tribuna pública cuanto el recinto privado del intelectual. Sarmiento escribe desde ese modelo y en esa zona fronteriza; conocedor de la materia con la que trabaja, incorpora en su estrategia argumentativa dicotomías cerradas, irreconciliables. El discurso destinado a agitar a la comunidad de iguales enhebra enunciados denotativos que refieren al paradigma verdadero-

falso, enunciados prescriptivos que operan con la antinomia justo-injusto y enunciados valorativos, armados sobre el par incorrupto-corrupción.

¿Individualizar o socializar? La pretensión del sujeto es ubicarse por encima de las facciones; toma a cargo la obligación de decir, y este mandato supone el «sacrificio» —recuerdo las citas evangélicas iniciales— de aquel que posee el poder del «logos» y el deber de difundir verdades ocultas. El sujeto adquiere dimensión hegemónica; es una suerte de Aleph que anuda significaciones sociales, étnicas, geográficas y económicas. Concebir la totalidad en el fragmento es signo de la mentalidad de la época: la vida del héroe, del hombre representativo, prefigura, a escalas microscópicas, estructuras macroscópicas. El plano personal seduce al letrado, que borra en la escritura los movimientos de masas y prefiere encarnar lo social en individuos excepcionales.

¿Determinismo o libertad? Los personajes de Sarmiento son prisioneros de una estructura jerárquica y determinista. Sólo el anonimato permite la elección, porque, cuando emergen, los individuos representativos son genéticamente bárbaros o civilizados. La unicidad del referente garantiza el acuerdo social y asegura lugares literarios: Rosas desempeña siempre el papel de transgresor; Sarmiento, el de elegido por Dios o por el grupo⁴.

Urquiza concilia lo mejor de cada orden: civilización y militarismo. Su figura aparece construida sobre una doble metonimia: la relación de contigüidad respecto de una geografía lo pone en el centro de la utopía agraria; su apología modula, por desplazamiento, el panegírico del proyecto sarmientino. Elogiar éxitos locales del entrerriano es predicar virtudes ampliando las fronteras a tres países.

Las consignas no sólo trazan contornos de rostros y nombres propios⁵; en su pasaje a la literatura revelan la imposibilidad de las coexistencias. Su carácter provisorio deriva hacia la batalla ideológica final, que decreta un vencedor y un vencido. El texto que se había propuesto como solución pacífica se rectifica al reinstalar el orden como el reino del uno, mientras que el número dos cifra el caos.

El universal englobante dentro del cual se acomodan las variaciones

⁴ La confrontación entre título y notas al pie testimonian la posición privilegiada del letrado. Mientras las notas abren al plano íntimo y polémico, el título remite a la organización del programa. Por otra parte, el lugar secundario dado a lo personal se compensa con la autoridad de las citas y las analogías que anudan las imágenes de Cristo y del letrado.

⁵ Para una interpretación de los relatos que dibujan rostros, véase G. Deleuze y F. Guattari, *Mille plateaux* (Paris: Minuit, 1980), en especial «Année zéro-Visagéité», pp. 205-234.

es la razón. *Argirópolis* puede leerse como una utopía racional que busca la aplicación particular del universal. La presencia o ausencia de racionalidad trastrueca los sentidos y legitima las acciones.

Primer movimiento: la escritura dictamina las bondades de la unicidad. Segundo movimiento: dos contenidos opuestos invaden un mismo vocablo. La unidad es dictadura cuando la esgrime la barbarie, o convergencia cuando la civilización la alberga. De manera similar, otros significantes se metamorfosean; poder y guerra, por ejemplo, se resemantizan de acuerdo con la opción política.

LA OPOSICIÓN QUE NO CESA

La genealogía del concepto de barbarie delata sus conexiones con la locura y la herejía. Esta terna, que recogen ya las literaturas antiguas y medieval, es inversión especular de otra: civilización-salud-ortodoxia. Sarmiento hace un uso plural de esta noción, que aparece en primera instancia como categoría socio-histórica, pero que se prolonga en otros contenidos de tipo político, cultural y económico.

El tratamiento de la dicotomía civilización-barbarie, o su homónimo racional-irracional, no es unívoco en la prosa del letrado. Si la racionalidad se mimetiza con el campo de la civilización, la idea de irracionalidad se distribuye en proposiciones más ambiguas. En sus biografías de caudillos, los dispositivos textuales introducen la diferencia en el ámbito de la barbarie, según las adhesiones políticas y la aceptación o transgresión de ciertas instituciones.

Argirópolis conjuga los términos anteriores en una constelación en la que cada uno extrae su valor por oposición al otro: es lo que el otro no es. Las identidades contrarias se atraen y se repelen. Los procedimientos que atentan contra la intención explícita de unir asumen el modo de la *exclusión*.

Una escritura perforada por multiplicidades de axiomas y definiciones es una escritura que se considera autorizada y que emite expresiones autoritarias. Sarmiento angosta el autoritarismo con una serialización de apoyaturas teóricas. Recurrir a hechos ontológicos, políticos, económicos, especulativo-pragmáticos, hasta recalar en «principios sencillos» (p. 90), atenúa el exceso de dogmatismo, al tiempo que muestra la viabilidad del proyecto.

Una escritura atrapada en un tono imperativo irradia destellos proféticos, otorga al lenguaje un carácter performativo, ya que retiene la capacidad de desencadenar acciones: «Llamos los ESTADOS UNIDOS DE

LA AMÉRICA DEL SUR» (p. 103). El porvenir está contenido en el mandato. La orden exhorta en dos orientaciones paralelas: como deber del pueblo y de los gobernantes para implementar los instrumentos de progreso y como arma de guerra contra el enemigo. Diseminadas, las proposiciones condicionales señalan los impedimentos. Para afirmar el poder de las ideas, la utopía sarmientina muta la posibilidad en mandato.

Si el enfrentamiento entre contrarios reclama la exclusión de uno de los términos, en la esfera de los iguales es posible la *integración*. La consigna política —unión y federación— es también una consigna literaria que imbrica tonos, registros, voces y documentos. Cuando el escritor calla, una multiplicidad de testimonios hablan por él, ratificando y desdoblado su voz.

El principio de integración que liga los distintos materiales opera en el corazón de la voz del letrado, que amalgama tonos mezclando lo neutro con lo panfletario o lo profético con lo jurídico. Una versión peculiar surge con el injerto de vocablos o enunciados en otro enunciado mayor. La irrupción del elemento extraño que quiebra la uniformidad del registro y funciona como recurso desmitificador del enemigo le permite estrechar las conexiones entre pasión y racionalidad.

Porque la de Sarmiento es una escritura pasional, fundada racionalmente, el pensamiento utópico cuaja en una lógica que admite las alianzas entre iguales y desecha lo distinto —lo opuesto—. En el territorio así delimitado no hay pactos que traspasen fronteras; sólo la aniquilación de lo irracional por obra de lo racional. Sarmiento confía al dominio de la civilización la capacidad de disolver aparentes heterogeneidades, que muy pronto revelan semejanzas intrínsecas.

